

# ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA  
Y BELLAS ARTES

BIBLIOTECA

SETIEMBRE -- 1942

No. 39

# BOLIVAR ANTIMONARQUICO



A principios del año de 1826 empezaron a correr rumores sobre el establecimiento de una monarquía en Colombia



En efecto, se dijo que Páez, Flores, Urdaneta y otros hombres notables eran partidarios de tales ideas



Antonio Leocadio Guzmán fué enviado a Lima por Páez, en misión secreta, con el fin de que propusiera a Bolívar dichos proyectos



Por otra parte, en Quito, un acuerdo de la Municipalidad insinuaba que el Libertador "se perpetuara en el Gobierno como fuera de su superior agrado"



Tales ofrecimientos fueron rechazados por Bolívar, quien contestó a Páez: "Ni Colombia es Francia ni yo soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; menos aún a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano, por tanto me es imposible degradarlo"



# ONZA, TIGRE Y LEON

**REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA**

**DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.**

**EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO  
DE EDUCACION NACIONAL**

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

N° 39

CARACAS, SETIEMBRE DE 1942

AÑO 4

## S U M A R I O

### ESPECTACULOS INFANTILES

LOS TITERES . . . . . 2

### HOMBRES DE LA CONQUISTA

FRANCISCO FAJARDO . . . . . 5

### PLANTAS UTILES

EL CAFETO . . . . . 6

### CUENTOS POPULARES VENEZOLANOS

JERUMBI . . . . . 8

### COSTUMBRES INDIGENAS

PESQUERIA CON FLECHAS . . . . . 10

### CANTARES INFANTILES

ICOTEA CONCHA . . . . . 12

### LOS NIÑOS COLABORAN

(DIBUJOS INFANTILES) . . . . . 13

# LOS TITERES



**N**inguna modalidad teatral más apropiada para los niños que el *guignol*, las fantásticas representaciones de los pequeños y graciosos monigotes, conocidos desde hace tantos años en todo nuestro país con el nombre de títeres. Muchos de los más famosos escritores, poetas y compositores, entre ellos Wagner, penetrando el gran alcance y las inagotables posibilidades que encierran los divertidos muñequitos, se ocuparon del género y escribieron obras deliciosas.

Ante este medio de expresión artística, vehículo de insospechada fuerza educativa, la fantasía de los niños se despierta vivamente, porque la simplicidad y la gracia de los actorcillos de trapo y madera, se adapta de manera admirable a la comprensión infantil, más, cuando ellos mismos pueden llegar a intervenir en el desarrollo de la comedia que presencian, siendo posible también para los artistas que con sus voces y habilidad prestan vida a los fantoches, amoldarse al efecto y a las reacciones provocadas y manifiestas en los espectadores.

Por esto último es conveniente que las obras para el teatro de títeres no sean escritas en la forma de teatro corriente; es decir, con todo detalle y marcando de manera precisa las palabras y giros de cada diálogo que interprete determinada situación; por el contrario, los temas deben ser desarrollados globalmente, en forma de relatos, describiendo

en ellos los diversos episodios de la trama, y por medio de la acción, los diferentes caracteres de los personajes. De esta manera se deja en plena libertad al artista que acciona los títeres para exteriorizar su propia y personal forma de expresión, que siempre será la más efectiva y conveniente, ya que podrá amoldarse, en cada caso, al momento, al ambiente y a los sentimientos, capacidad y estado de ánimo del auditorio. Claro está que, para obras escritas de este modo, se requieren intérpretes inteligentes, con facultades suficientes para asimilar y verter debidamente el espíritu del asunto y la intención y finalidad perseguidas por el autor, además de la indispensable cultura y facilidad de expresión.

Antaño, nuestros campos y poblaciones del interior eran visitados a menudo por pequeñas compañías ambulantes que llevaban sus teatrillos de títeres y que, en cualquier plaza o lugar despejado, levantaban sus reducidas instalaciones. Allí se congregaba todo el público a reír y a gozar con las ingenuas y casi siempre invariables aventuras del imprescindible Cristobita, su mujer, su pequeño hijo, el diablo, doña *Grabiela* y un zamuro que nunca podía faltar y que remataba siempre todas las pantomimas. Los títeres o fantoches eran elaborados y contruidos totalmente por los propios titiriteros, de igual manera que el teatrillo, los decorados y todos los demás implementos.

Con el fin de que nuestros lectores puedan hacerse ellos mismos sus respectivos teatrillos de títeres, vamos a dar aquí las indicaciones y descripciones necesarias para el caso:

Corrientemente, esta clase de teatros consiste en un pequeño cuartito de dimensiones bastante reducidas, el cual lleva, en el frente o parte que da hacia los espectadores, una ventana alargada en sentido horizontal, la que hace las veces de escenario donde se moverán los muñecos. Este escenario tiene sus cortinas o telón de boca, accionable desde adentro para abrirlo o cerrarlo, existiendo además ciertos dispositivos especiales para colgar las bambalinas y telones pintados. La ventana o boca de escena debe estar practicada a una altura suficiente que permita, a las personas que accionan los monigotes, sentarse cómodamente dentro del teatro y manipular libremente allí, sin que sus cabezas puedan verse desde afuera.

Con respecto a los títeres, estos no son, en sí, más que unas mangas o bolsas de tela, adornadas por fuera, de manera que adquieran el aspecto de los trajes requeridos, y que llevan, en la parte superior, unos bracitos y una cabeza labrada en madera y luego pintada con los debidos colores. Estas cabezas van aseguradas a la tela y perforadas por dentro, lo mismo que los brazos, que son de tela también, y los que simulan, en los extremos, sus manecitas, ya sean del mismo material o de cartón o madera.

Para manipular los muñecos, se introduce la mano dentro de la bolsa, cuyo extremo inferior debe llegar por lo menos al codo, metiendo el dedo índice en la perforación de la cabeza; y el pulgar y anular dentro de las pequeñas fundas que constituyen los brazos, nada más.

Los monigotes, en la forma descrita anteriormente, pueden a veces conseguirse en las tiendas de juguetes, pero, también son fáciles de construir y cada quien puede hacérselos en su propia casa. Como no todo el mundo sabe tallar en madera, quizá muchos no puedan labrar las cabezas en este material, mas, resultan sumamente divertidas haciéndolas de tela, tal cual como las de las muñecas de trapo corrientes, con la sola diferencia de que han de llevar dentro un tubo de cartón, o de papel endurecido con engrudo, el cual sirve para insertar el dedo que ha de prestar el movimiento necesario.

De igual forma, los teatrillos pueden hacerse de una madera simplificada y sin gasto alguno. Para el caso sirve cualquiera habitación que tenga una puerta, colgando en ella una sábana o colcha, de manera que obstruya completamente la parte inferior de la abertura, dejando libre la parte superior, que hará de escenario. La tela deberá ser colgada a la altura necesaria, de modo que puedan ocultarse detrás quienes vayan a mover los muñecos. En la representación, los títeres se asomarán actuando y moviéndose por sobre el borde superior de la parte tapada.

Las voces que simularán ser las de los muñecos, deben oírse graciosas y grotescas, debiendo adaptarse al carácter y a la figura de cada uno de los personajes. Una misma persona, puede encargarse de manejar varios títeres ella sola, siempre que tenga la suficiente habilidad, y la versatilidad indispensable en la voz para variar el tono y la manera de modular, a voluntad.

En futuras ediciones de esta revista, nos prometemos publicar algunas obras de teatro infantil escritas expresamente para títeres, de manera que nuestros lectores puedan llegar a hacerse una biblioteca y un repertorio del género, siendo muy posible que, ellos mismos, colaboren luego en nuestras páginas con obras de esta clase y de su propia cosecha, lo cual sería para nosotros motivo de grande y justa satisfacción.



HOMBRES DE LA CONQUISTA

# FRANCISCO FAJARDO



**H**ijo de un español y de una mujer india nieta de un cacique guayquerí, nació en la isla de Margarita el mestizo Francisco Fajardo, quien fué de los primeros que intentara la conquista de la parte central de Venezuela y de lo que es hoy la Capital de la República. Para aquel entonces, estos lugares estaban habitados por unas de las tribus aborígenes más guerreras y valientes de la provincia; tanto que era considerado gran osadía el que alguien se arriesgara a penetrar en sus dominios. De gran ayuda sirvió a Fajardo su origen y las diversas lenguas indígenas que conocía, a lo cual debió en gran parte el buen

(Pasa a la Pág. 16)

PLANTAS UTILES

E L C A F E T O



**E**l cafeto es originario de Arabia, Abisinia y Sudán, donde crece silvestre. De estos lugares se propagó a Asia y Europa y de allí fué traído al Nuevo Mundo. En Venezuela lo introdujo, en el año de 1784, el padre D. José Antonio Mohedano, cura párroco de Chacao para aquella época.

El cafeto se siembra por semillas, pero no directamente, sino en semilleros, con el fin de obtener posturas fuertes para el trasplante, o bien aprovechando los hijos o pies de cafeto que brotan junto a la planta madre en el cafetal, originados por las semillas que caen espontáneamente cerca de ella.

Las semillas germinan a las tres o cuatro semanas de sembradas, y al año de edad se trasplantan las posturas, aprovechando para ello los días lluviosos o de poco sol. Planta de sombra, requiere el cafeto la presencia de otros árboles que se la proporcionen y así se siembran junto a ellos con tal objeto: guamos, bucares, plátanos, etc.

El cuidado del cafetal es sencillo; sólo consiste en mantenerlo libre de malas yerbas, en darle las podas adecuadas y en abonarlo cuando lo necesite.

A los cuatro o cinco años de plantado, empieza a producir, alcanzando la plena producción a los siete.

La parte que se utiliza del cafeto es el fruto, del cual después de tostarlo y molerlo, se obtiene el polvo negro o *café*, que tan acostumbrados estamos a tomar, en forma de aromática y estimulante infusión.

La recolección del café se hace recogiénolo en canastos directamente de las plantas o también del suelo, de donde se recogen los caídos espontáneamente.

El cafeto, planta dicotiledónea, es un pequeño arbolito de hojas opuestas y persistentes, cortamente pecioladas, lisas y algo ondeadas.

En la axila de estas hojas se forman numerosas florecillas de color blanco, de las cuales se originan los frutos que son de color verde al principio, después rojos y finalmente violados, con aspecto de cerecitas de forma ovoidea; estas bayas encierran dos semillas rodeadas de una masa pulposa de sabor dulce y agradable. Algunas veces sólo se desarrolla anormalmente una semilla, dando lugar al llamado café de *caracolillo* que es el más apreciado.

La infusión obtenida con el café tiene la propiedad de ahuyentar el sueño y desvanecer el hambre, debido a una sustancia que contiene de acción excitante, llamada *cafeína*.

El cafeto tiene numerosos enemigos. Los vientos y el sol excesivo le hacen mucho mal. También le ataca un hongo que se desarrolla en las hojas, a las cuales daña la oruga de una mariposa pequeña, manchándolas y taladrándolas; otra oruga perfora los troncos y destruye las raíces; numerosas hormigas son especialmente perjudiciales y cierto gorgojo ataca al café descascarado y a las cerezas secas almacenadas.

Llámase *beneficio* del café a la preparación que sufre el grano antes de enviarlo limpio y seleccionado al mercado consumidor. Comprende varias operaciones necesarias por la naturaleza misma del fruto, a saber: el *descerezado* o *despulpado*, *lavado*, *trilla* o *descortezado*, *lustrado*, *aventado* y *clasificación del grano*.

A la misma familia del cafeto, la de las rubiáceas, pertenecen otras muchas plantas no menos útiles, como la *ipeacuana*, arbusto americano, cuya raíz pulverizada proporciona un producto medicinal muy usado como emético; la *rubia* o *granza*, originaria del Oriente, muy cultivada en la antigüedad, porque de sus raíces y tallos subterráneos se obtiene una substancia colorante roja; las *quintas* de los Andes Suramericanos, de cuya corteza se extrae la quinina, y la *gardenia* o *jazmín del cabo*, planta ornamental que se cultiva por sus bellas flores y que es originaria de la China.



## J E R

**E**ra Jerumbí un muchachito sumamente diminuto y avisgado; vivía en el campo en una chocita muy pobre junto con su madre y, viendo los trabajos que ésta pasara para conseguir el sustento de los dos, resolvió marcharse por el mundo en busca de fortuna.

Una noche, mientras su madre dormía, se levantó y se puso en camino. Anduvo hasta el amanecer, y luego muchos días más y muchas noches, hasta que llegó a una casita muy limpiecita en medio de un bosque inmenso y muy sombrío. Jerumbí estaba desfallecido de cansancio y hambre, apenas si había conseguido algunas frutillas silvestres para comer durante su largo viaje. Se acercó a la casita y llamó a la puerta; vino a abrirle una viejecita encorvada y de muy raro aspecto, tenía los cabellos tan blancos y ahumados que parecían de paja seca, los dedos de sus manos eran descomunadamente largos y provistos de uñas negras y crecidas, y era su nariz tan encorvada que más que nariz parecía el pico de una lechuza gigantesca.

Ante la extraña figura de la anciana, Jerumbí sintió ganas de huir, pero la vieja le detuvo sonriendo y mostrando un par de colmillos largos y amarillos.

—¿Qué quieres, mi buen hijo? Pareces muy desmejorado y hambriento. Pasa para que comas algo.

A Jerumbí no le quedó otro camino que penetrar a la casita. Dentro vió muchos niños que jugaban alegres, con juguetes bellísimos, nunca vistos por él; se quedó extasiado mirándoles, hasta que la viejecita vino a traerle dulces, pasteles y frutas. Jerumbí comió de todo hasta hartarse. La anciana mujer le miraba siempre sonriendo. Cuando hubo satisfecho su apetito, ella le dijo:

—Mi buen hijo, esta casa es de todos los niños y puedes quedarte en ella el tiempo que gustes. Come cuanto quieras, juega con los juguetes que desees y, cuando llegue la noche, si tienes sueño, podrás dormir en una limpia y blanda camita.



## M B I

Jerumbí empezó a jugar con los otros muchachos y pronto se hizo amigo de todos ellos. Se divertieron mucho y comieron dulces y bebieron refrescos durante todo el día y, cuando llegó la hora de dormir, la viejecita les condujo a un gran salón en el que habían innumerables camitas blancas, una para cada uno de los niños. Cuando todos se hubieron acostado, la anciana les deseó las buenas noches y apagó la luz. Luego ella se fué a la cocina y sacando de una gaveta un cuchillo gigantesco, se puso a afilarlo sobre una piedra; así que hubo terminado este trabajo, esperó un rato aún y comenzó entonces a llamar a los muchachos por sus nombres:

—Titirifí, Catarafá, Aunquemás-Titirifí, Queserá-Pioñango, Pataconfú, Catarrañín, Catarraña, Coquín, Kokín, Jerumbí.

Como los muchachos no contestaran porque estaban dormidos, la anciana mujer apagó todas las luces de la casa para que nadie pudiera ver ni averiguar nada de lo que ella pretendía hacer.

Al día siguiente todos los muchachos se levantaron y después de bañarse y desayunarse, se pusieron a jugar, como era su diaria costumbre. Jerumbí notó entonces que un niño con quien jugara el día anterior, el de aspecto más rollizo y saludable de todos, no se encontraba entre los demás. Comunicó su observación a los otros y todos cayeron en cuenta entonces de que desapariciones como aquella venían ocurriendo todos los días. Los muchachos entraron en sospecha y resolvieron investigar lo que ocurría.

Aquella noche todos se acostaron, pero ninguno de ellos se proponía dormir. Después que la viejecita apagó la luz y hubo salido, comenzaron a escuchar el ruido que hacía el cuchillo al ser frotado contra la piedra. Jerumbí se levantó y fué muy silenciosamente a ver lo que pasaba. Pronto volvió y lo contó a los demás. Todos, llenos de espanto, se imaginaron lo que la vieja se proponía hacer con el cuchillo. Los niños más pequeños empezaron a llorar desesperados. Jerumbí los calmó y propuso a sus compañeros:

# PESQUERIA CON FLECHAS

Desde algunos días antes, Secundino había aparecido por la hacienda; era un hombre silencioso y enigmático. Los demás peones lo miraban con respeto y quizá hasta con cierto temor supersticioso. Sin embargo, Secundino se comportaba de manera sencilla, sin ningún alarde extraordinario. Vestido con un viejo y simple traje de dril blanco, un raído sombrero pelo de guama a la cabeza, las alparbatas colgando al cinto y su saco de



cobija al hombro, había llegado solicitando trabajo en el campo. Se le entregó un machete y un escardillo y se le asignó su tarea; por lo demás, el resto del día que no estaba trabajando, lo pasaba acuellado de espaldas contra la pared, callado, con la vista perdida en la lejanía y masticando continuamente un trozo de tabaco negro y reluciente.

Posiblemente lo que motivara las reservas de sus nuevos compañeros de labor eran las historias que de él se contaban. Decíase que venía de Río Negro, donde había vivido muchos años con los indios, habiendo llegado a ser algo así como médico y al mismo tiempo brujo de la tribu, lo que llaman un *piachi*. Por

otra parte, Secundino llevaba por debajo del saco, y perennemente por sobre la franela, una gruesa almohadilla colgada de dos tirillas mugrientas, las cuales le daban vuelta alrededor del cuello y por debajo de un brazo; murmurábase que aquello era una reliquia que quién sabe que mágicas virtudes tendría.

Una vez, habiendo sido necesario limpiar una acequia de riego, se desaguó ésta, desviando y echándose su caudal sobre el riachuelo, cuyas aguas se enturbiaron como en épocas de creciente. Los hombres hicieron de aquello una fiesta, comenzando a pescar. Buceaban, debajo de las piedras y en las pequeñas cavernas que habían quedado medio vacías dentro de la acequia, para coger los pescados y, en el río, empleando anzuelos, atarrayas y búnganos. Todos hacían alardes de destreza y habilidad riendo y gritando, llenos de regocijo. Sólo Secundino permanecía extraño y apartado, quieto, mirándolos, con una sonrisilla, tal vez si de burla, esbozada en el rostro; como si su superioridad no le permitiera practicar aquel género de diversión.

Un mocetón que de continuo cobraba grandes pescados y camarones, y cuyas proezas eran francamente celebradas por sus compañeros, pareció molestarse por la actitud del forastero y, dirigiéndose a él, se lo echó en cara, llana y abiertamente. Secundino no se alteró por ello en lo más mínimo y contestó con toda tranquilidad:

—Es que esa manera de pescar no me parece a mí cosa de hombres; así pescan los niños y las mujeres de los indios en los ríos de las selvas guayanesas. Los hombres pescamos con flechas.

—¡Con flechas! —murmuraron todos, poniendo en duda la veracidad de las palabras de Secundino.

—Sí, señor; con flechas— reafirmó éste. —Mañana mismo se los voy a demostrar.

Aquella noche el hombre, tomando su machete, se internó en la selva, solo, sin ningún acompañante.

Y al día siguiente, muy de madrugada, le vieron regresar cargado de varas, fibras y bejucos. Llegando, se acuclilló en su sitio acostumbrado y comenzó, pacientemente, a labrar palos y a torcer cordeles.

A las pocas horas había concluido ya la fabricación de un hermoso arco, esbelto y flexible, completamente encordado y acabado con toda minuciosidad, además de un grueso mazo de flechas con puntas de madera de palma endurecida al fuego, que lucían, en sus extremos posteriores, vistosas aletillas de plumas.

Secundino llamó a un muchacho y, seguido de éste, cargó con sus flechas, dirigiéndose al río. Los demás hombres, llenos de curiosidad, se fueron tras él.

De pie al borde del agua, Secundino preparó su arco, colocando una flecha en la cuerda.

—Corre el pescado allá —ordenó entonces el muchacho.

Y éste, con una vara en la mano, se metió dentro de la corriente, empezando a escarbar, con la punta del palo, en el interior de las cuevas y entre las raíces del borde del cauce.

De pronto, de debajo de una piedra, vióse salir, disparada, la mancha gris y alargada de un pez.

La cuerda del arco se distendió, trepidando con ronca sonoridad y la varilla de madera fué a clavarse dentro del agua, quedándose fija, en el fondo poco profundo, con el extremo provisto de plumas, al aire, fuera de la superficie del río.

Secundino miró al muchacho y con un ademán, le indicó:

—Coge el pescado allí.

El chico tiró de la flecha y, atravesada de parte a parte en la punta de madera, sacó fuera una formidable guabina de dos o más kilos de peso.

Gritos y risas de aprobación acogieron la aparición del sabroso pescado y la hazaña del pescador.

Secundino sonrió satisfecho.

—Así es como pescan los indios de Río Negro —dijo, y ya sin ningún aire de hombre enigmático, continuó pescando toda la mañana, divirtiendo a todos los demás con su habilidad y puntería.

Por otra parte, hubo otro gran sancocho de pescado, igual, o quizá si mayor que el de el día anterior.

---

## CANTARES INFANTILES

# ICOTEA CONCHA



### (LA TORTUGA)

—¡Icotea Concha, vení a barré!

—¡No tengo mano, no tengo pie.

—¡Icotea Concha, vení a aprendé!

—No tengo mano, no tengo pie.

—¡Icotea Concha, vení a comé!

—¡Aquí tan la mano, aquí tan lo pie!

# LOS NIÑOS COLABORAN



**GRANJA.**— Por Mariano Rosales.—  
Escuela Federal N° 1,028.—Veguitas,  
Estado Barinas.



**LA LLUVIA.**—Por Carmen  
J. Jiménez.—Escuela Federa-  
l "José Angel Alamo".—  
Duaca, Estado Lara.



**EL PAJARITO MIRANDO LAS FLO-  
RECITAS.**—Por Neptalí Chirinos H.  
(6 años).—Escuela Federal N° 3,302.  
San Luis, Estado Falcón.



**CACERIA.**— Por Albina Sivira.—Escuela Federal  
988,—Aroa, Estado Yaracuy.



**LABRIEGO.**— Por Fulgencio Ja-  
ramillo.—La Victoria, Estado  
Aragua.



**PAISAJE.**—Por Zósimo Trijo. — Es-  
cuela Federal N° 763.—Loma Verde,  
Lobatera, Estado Táchira.

—Muchachos: esta vieja es una bruja malvada. Marchémonos antes que haga con nosotros lo que ha hecho anteriormente con otros muchachos.

El ruido del cuchillo sobre la piedra había cesado de sonar y se escuchó ahora la voz de la vieja:

—Titirifí, Catarafá, Aunquemás-Titirifí, Queserá-Pioñango, Pataconfú, Catarrañín, Catarrañá, Coquín, Kokín, Jerumbí.

—¡Nos llama para saber si ya estamos dormidos! —dijo Jerumbí—. Contestémosle todos.

Y los muchachos, a una, respondieron gritando:

—¿Qué quiere mamita?

—¿Por qué no dumen?

—Por que no tenemos sueño.

Inmediatamente empezaron a prepararse para la fuga; amontonaron almohadas y colchones bajo una ventana y ya habían saltado fuera casi todos, cuando volvió a escucharse la voz de la vieja:

—Titirifí, Catarafá, Aunquemás-Titirifí, Queserá-Pioñango, Pataconfú, Catarrañín, Catarrañá, Coquín, Kokín, Jerumbí.

Todos los niños estaban ya fuera de la casa y desde allí respondieron:

—¿Qué quiere, mamita?

Las voces llegaron un poco apagadas, por la distancia, hasta la vieja y ésta pensó: “Hablan ya más quedo; es que se deben estar durmiendo”.

—¿Por qué no dumen? —preguntó—.

Y los muchachos, alejándose ya, contestaron:

—Por que no tenemos sueño.

—¡Ajá! —murmuró la bruja llena de satisfacción—. Ya están casi dormidos; apenas se les oye.

Los niños continuaron avanzando apresuradamente, mientras tanto la vieja se puso a esperar un rato más. Luego volvió a llamar soltando de nuevo la retahíla de nombres.

Lejos, en medio del silencio del campo y entre la oscuridad de la noche, los muchachos escucharon la voz de la bruja. A todo pulmón gritaron contestando y, sin embargo, sus voces llegaron apenas perceptibles hasta la casita.

Y una y otra vez más volvió la vieja a llamar y los muchachos a contestarle. Al fin, comenzó a entrar la madrugada y a su luz, los niños pudieron ver mejor el camino y avanzar más a prisa.

Marchando iban, cuando escucharon gemir muy débilmente una vocecita; alguien se lamentaba por aquellos contornos.

Todos los muchachos se pusieron a buscar y al fin, encontraron un repugnante lagarto negro y de cabeza aplastada que trataba de alcanzar, para devorarla, una pobre mariposita que se había enredado entre las yerbas.

Jerumbí dió un puntapié al feo lagarto, el cual salió rodando como una pelota y chocando contra una piedra, estalló produciendo un tremendo estampido y disolviéndose en una negra bocanada de humo. Los niños se llenaron de asombro; y más aún, cuando vieron que la mariposa comenzaba a crecer y a tomar extraña forma hasta convertirse en una hermosa joven. Todos la miraban con la boca abierta; era bellísima, y de mariposa no conservaba sino el brillante colorido de su atavío.

—Me has salvado la vida —habló, dirigiéndose a Jerumbí—. Soy el hada de estos campos, y el lagarto que me acosaba es un brujo terrible, mi mayor enemigo. En premio a lo que has hecho por mí, quiero hacerte un pequeño obsequio.

Y entregó al muchacho un bollo de hilo, un espejito y una extraña piedrecilla de color rojizo. El hada agregó:

—Si te ves perseguido, sólo tienes que arrojar una de esas cosas detrás de tí, y el enemigo quedará detenido.

Jerumbí se puso a examinar lo que le había regalado el Hada y, cuando alzó la vista, ya ella había desaparecido; sólo quedaba un tenue polvillo dorado flotando en el aire.

A todas estas, la bruja, habiendo llamado por última vez a los muchachos y no obteniendo respuesta, entró al dormitorio con su largo cuchillo. Al no encontrar a nadie se puso furiosa y, montando en su escoba, salió disparada por los aires en persecución de ellos. Voló mucho, hasta que, por fin, los distinguió a lo lejos, marchando en fila por la orilla de un bosque. La infernal vieja lanzó un alarido de amenaza, y los niños se detuvieron pavorizados. Jerumbí, sin perder tiempo, tiró al suelo el bollo de hilo que le había dado el hada y, al momento, entre ellos y la bruja creció una maraña de bejucos que se elevó hasta llegar al cielo.

La bruja gritó enfurecida y se puso a roer con sus largos colmillos la muralla vegetal, mientras tanto los chicos continuaron andando y, sólo cuando hubieron adelantado más de un día de camino fué cuando ella pudo abrirse un túnel a través de los bejucos y salir al otro lado.

De nuevo los niños se vieron casi alcanzados, pero, otra vez los regalos del hada hicieron el milagro; el espejito abrió detrás de los fugitivos un inmenso y profundo lago.

La vieja, indignada, pateó y maldijo mil veces; ella no sabía nadar y si se lanzaba al agua perecería ahogada, por eso se puso a beber a la orilla del lago para secarlo, lo cual no consiguió sino al cabo de muchas horas; entonces pudo pasar, pero los niños habían adelantado mucho camino. Maltrecha y derrengada la bruja, corrió con gran dificultad, pues ya no podía volar de lo cansada que estaba.

Los muchachos la vieron venir arrastrándose y a veces dando grandes saltos; cuando la tuvieron cerca, Jerumbí arrojó al suelo la extraña piedra de color rojizo. De la tierra brotó al instante una inmensa pared de fuego cuyas llamas enormes llegaban a las nubes. Ante semejante obstáculo la vieja no se amilanó; gritando una imprecación horrenda, hizo un supremo esfuerzo y se elevó zarandeándose por los aires. Subió, subió mucho para poder superar la altura de las llamas,

pero, cuando ya iba trasponiendo el terrible infierno, le faltaron las fuerzas y cayó carbonizada dentro del fuego.

Los muchachos respiraron tranquilos y siguieron andando. Jerumbí los llevó a cada uno a la casa de sus padres y éstos, agradecidos, le dieron muchos regalos y dinero para él y para su madre, que ya nunca más sufriría de pobreza ni volvería a separarse de su hijo.

## FRANCISCO FAJARDO

(Viene de la Pág. 5)

éxito logrado al comienzo de sus expediciones. Los naturales, hoscos y desconfiados por naturaleza, se mostraron con él amables y serviciales, y considerándole como un hermano, le prestaron apoyo, ayudándole así a llegar sin contratiempos al valle de los indios caracas, donde en el año de 1560 fundó el hato que llamó de San Francisco, en honor al santo de su nombre. También, y gracias a su buena amistad con los caciques de la región, pudo establecer la villa del Rosario, cerca de la costa, y la del Collado, en las inmediaciones de Caraballeda.

Continuando Fajardo sus exploraciones, penetró en las tierras de los bravos indios teques, donde reinaba, como poderoso señor, el valiente cacique Guaicaipuro, uno de los más famosos jefes aborígenes, descubriendo en sus dominios unas minas de oro sumamente ricas.

El Gobernador de la provincia destituyó entonces a Fajardo del mando, retirándole la autorización que le había sido concedida y colocándolo en su lugar a Pedro de Miranda, quien se apoderó de él, remitiéndolo prisionero a su superior.

Puesto de nuevo Fajardo en libertad, volvió a la Villa del Collado que anteriormente fundara, esta vez con el cargo de Justicia Mayor del lugar.

Por entonces, habiendo los indios entrado en revuelta, Guaicaipuro atacó la mina de oro que descubriera Fajardo, la cual estaba siendo explotada por Juan Rodríguez Suárez, quien perdió en el asalto dos niños hijos suyos y todos los hombres que trabajaban en dichas minas, salvándose el propio Rodríguez Suárez por un milagro.

El cacique Paramaconi, jefe de los indios taraimas, por otra parte marchó en son de guerra contra el valle de los Caracas, cayendo por sorpresa sobre el Hato de San Francisco, dándole fuego y destruyéndolo completamente.

Ante el creciente disgusto de los indios y viéndose amenazado por sus belicosas manifestaciones, Fajardo se decidió a abandonar la Villa del Collado, de donde en efecto se retiró, yéndose luego a la isla de Margarita, su tierra natal.

Más tarde, en la ciudad de Cumaná, encontró Fajardo la muerte a manos del Gobernador Alonso Cobos, hombre señalado como individuo cruel y sanguinario en extremo. Indignados los margariteños por el crimen que privaba de la vida al conterráneo que tanto apreciaban, vengaron su muerte, castigando con la misma pena al malvado Cobos.



FLORA VENEZOLANA

E L P A R A P A R O

(*Sapidius Saponaria*)

**A**rbol poco corpulento, perteneciente a la familia de las Sapindáceas, muy abundante en el país; la corteza y parte exterior, blanda y fibrosa, de la fruta, es utilizada por los indígenas en lugar de jabón; como éste, produce mucha espuma y limpia la ropa.

La semilla propiamente dicha está recubierta por una cáscara dura en extremo y de color negro azabache. Estas frutillas, perfectamente redondas y de un centímetro de diámetro, son llamadas *parapas*; de ellas se hacen bellos adornos, como zarcillos, collares, etc.; también los niños campesinos las usan en sus juegos, en vez de bolitas de vidrio.



FAUNA VENEZOLANA

## EL CABALLITO DEL DIABLO

**E**ste insecto del orden de los neurópteros, llamado también libélula, es generalmente de colores brillantes con reflejos metálicos; tiene quijadas y mandíbulas córneas, grandes ojos saltones y alas formadas por una membrana tan fina y transparente que parece de gasa. En estado de larva vive dentro del agua y, ya evolucionado y adulto, revolotea sobre ríos y lagunas, siendo muy útil, en todos los períodos de su desarrollo, porque devora multitudes de larvas e insectos perjudiciales, especialmente moscas y mosquitos.